

# LA FE Y LA BILLETERA

*Artículo aparecido en la revista NIGRIZIA, n. 3 / 2011*

¿Cuáles son los parámetros para comprobar la propia fe, para verificar si somos creyentes o no? Para muchos, los criterios de juicio tienen que ver con la práctica religiosa. Pero estos criterios son escasamente objetivos. ¿Cómo se puede medir el grado de fe de una persona basándonos en su participación en ceremonias litúrgicas o a partir de sus devociones?

La Iglesia ha sido siempre unánime en identificar la resurrección de Jesús como el fundamento de la fe del creyente, porque “Si Cristo no ha resucitado, tanto mi anuncio como vuestra fe carecen de sentido” (1 Cor 15,14).

Sin embargo, testimoniar la fe en la resurrección de Cristo resulta arduo. ¿Cómo es posible dar garantías de una realidad que no puede ser demostrada? Pero no obstante, en los Hechos de los Apóstoles se lee que el testimonio de la resurrección de Cristo consistía en algo que todos podían palpar, y no exigía arriesgadas acrobacias teológicas ni violencia intelectual: “Los apóstoles daban testimonio con gran energía de la resurrección de Jesús... No había entre ellos necesitados...” (Hch 4,34). La prueba de que Cristo no solo resucitó, sino que estaba vivo y operante dentro de su comunidad, es que ninguno de sus componentes pasaba necesidad, porque cada uno se sentía responsable no solo del bien, sino también del bienestar del hermano. Una comunidad en la que nadie pasa necesidad, donde no existen acreedores ni deudores, es la prueba evidente de que en su interior existe algo especial: la presencia viva y vivificante del Señor.

El indicador de la propia fe es la billetera. Desde luego no por lo que contiene, sino por lo que es capaz de poner al servicio de los demás. Tener fe significa fiarse hasta tal punto del Padre como para no preocuparse más por las propias necesidades, quedando libres de ese modo para ocuparse de las necesidades del hermano, seguros de que en el momento de la necesidad el Padre proveerá con una medida más abundante de lo que se pueda desear, porque el Señor regala vida a quien comunica vida y, con quien es generoso, el Padre será abundantemente generoso (Mt 10,8; Lc 6,38).

Pero la enseñanza de Jesús sobre la importancia de hacer de la propia vida un don generoso, compartiendo no solo lo que se es, sino también lo que se posee, parece ignorada precisamente por quienes pretende ser sus seguidores. Por esto, Jesús advierte de que “Nadie puede servir a dos señores... no se puede servir a Dios y al dinero” (Mt 6,24). Pero la mayoría de las veces son precisamente las personas religiosas quienes se las arreglan para servir a Dios y a los propios

intereses (Lc 16,14), llegando incluso a usar a Dios para el propio lucro, como los escribas, a los que Jesús denuncia como aquellos que “devoran los bienes de las viudas” (Mc 12,40) con el pretexto de largas oraciones.

Jesús es muy claro: la fe en el Padre no se verifica mediante alegatos ortodoxos de fidelidad a la doctrina, ni tampoco por el respeto de las normativas religiosas, sino por la capacidad de ser generosos, de donar sin cálculos. Quienes acumulan riquezas, aquellos que especulan y actúan en función de su propia conveniencia no creen en Dios, sino que confían en su rival, el dinero o mammona (vocablo arameo que indica el patrimonio, y que pasó a significar después la riqueza como base para la seguridad del hombre).

El instinto de supervivencia hace que el hombre busque asegurarse su existencia por medio de la acumulación de bienes. Pero Jesús advierte a los suyos que la sed de poseer, en vez de otorgar serenidad, es causa de ansia, fuente inagotable de desasosiego que devora el ánimo de la persona, al igual que la polilla y la carcoma echan a perder los tesoros amontonados. La riqueza, en efecto, es de forma paradójica factor de aprensión, bien porque nunca parece suficiente, bien porque se teme su disminución y pérdida (la polilla, la carcoma y los ladrones, que amenazan el capital, tienen hoy el nombre de inflación, bancos, bolsa). Y en cualquier caso, aun cuando un hombre consiguiera acumular y conservar todo lo que ha logrado reunir, ¿de qué le sirve? ¿Qué sentido tiene, advierte Jesús, “ganar el mundo entero” si después la persona se pierde a sí misma? (Mt 16,26; Lc 12,20).

Para Jesús, el valor de la persona radica en su generosidad: “El ojo es la lámpara del cuerpo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo está iluminado; pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo está en tinieblas” (Mt 6,22-23). En el lenguaje de la época, el ojo limpio indicaba la generosidad de la persona, en contraposición al ojo enfermo, imagen de su tacañería (Dt 15,9; Mt 20,15). En la relación que tiene con el dinero se juega la existencia del hombre: la generosidad, expresada en la puesta en común, lo lleva a ser luz; el egoísmo que se manifiesta en la avaricia, a ser tiniebla.

Jesús concede mucha importancia a la capacidad del hombre de ser generoso, porque de esta actitud dependen su felicidad o infelicidad, su éxito o su fracaso. Para que esto sea comprendido bien, Jesús despliega su enseñanza con argumentos accesibles a todos: “Fijaos en las aves del cielo; ni siembran, ni siegan, ni recogene n graneros, y sin embargo vuestro Padre celestial las alimenta” (Mt 6,26). De todos los animales que en el Talmud eran bendecidos por los hombres, las aves quedaban excluidas, porque eran consideradas insignificantes además de nocivas. Pues bien, declara Jesús, también los elementos irrelevantes de la creación son objeto de la premura del Creador amante de la vida.

El otro ejemplo Jesús lo toma de la belleza de los “lirios del campo”, y llega a declarar que ni siquiera el ambicioso rey Salomón, con toda su altivez, “vestía como uno de ellos” (Mt 6,28-30). La promesa de Jesús de que el Padre se ocupa de las aves del cielo, que no “siembran, ni siegan ni recogen en graneros” (Mt 6,26), y de las flores, que “no se afanan ni hilan” (Mt 6,28), no es una invitación al fatalismo o la inactividad, sino a tener fe en la acción providencial del Señor, que será todavía más eficaz en los hombres, que siembran, siegan, se afanan e hilan.

Jesús no invita a dejar de ocuparse, sino a no preocuparse. Esto es lo que, para Jesús, diferencia al creyente del pagano. Aquellos que siempre están angustiados por su vida (¿Qué comeremos?, ¿qué beberemos?) y buscan en la acumulación de bienes la respuesta a su inquietud, son la clara demostración de que no creen en el Padre, sino en los ídolos, en las falsas divinidades que, al igual que mammona, engañan, prometiendo aquello que no pueden dar, y, no teniendo la capacidad de transmitir vida, comunican solo muerte.

Jesús ofrece una alternativa a este comportamiento, que es causa de ruina para el hombre y de injusticia en la sociedad. E invita a los hombres a sustituir el afán por acumular bienes por el descubrimiento gozoso del dar (“Hay más felicidad en dar que en recibir”, Hch 20,35). Para Jesús, se posee verdaderamente solo aquello que se entrega. La verdadera riqueza, la que permanece para siempre y no puede ser destruida, consiste en aquello que se ha donado, y el bien realizado es el único equipaje que el hombre lleva consigo al entrar en la vida definitiva (Ap 14,13).

Todo lo que no se comparte no se posee, sino que posee al hombre, como enseña el episodio del rico, que rechazó la invitación que Jesús le hacía a desembarazarse de sus bienes porque “poseía muchas riquezas” (Mt 19,22). Creía poseer riquezas, pero en realidad eran éstas las que le poseían a él. Y por esto estaba triste. Eso que debía darle serenidad, era, en cambio, causa de aflicción. La invitación de Jesús es a poner en su propia vida como valor prioritario “el reino y su justicia” (Mt 6,33). Optar por el reino significa incorporarse al programa de Jesús de cambiar las bases mismas de la sociedad y ofrecerles una alternativa.

Se trata de renunciar al ansia de poseer y descubrir el gozo del compartir. Ésta es la opción del reino, la que puede cambiar radicalmente la vida de la persona y hacerle experimentar que, cuando se vive para el bien de los demás, se le da campo al Padre para que se cuide del bien de sus hijos. Entonces, una confianza profunda en el presente reemplaza a la angustia por el mañana, y se experimenta que “el día de mañana ya se preocupará del propio afán”, eliminando de la vida del creyente todo resquicio de incertidumbre e inquietud, y conduciéndolo a una confianza cada vez mayor en el Padre.

*Alberto Maggi*